

CASSAS.



Fragmento de un paisaje antiguo, tomado de CASSAS.

Cassas nació en 1765 en Azay-le-Ferou. Sus aguadas son muy estimadas aun en el día; no fué un artista de primer orden pero tenía el sentimiento de lo grande y de lo bello,

y sus viajes por Italia y el Asia menor desarrollaron mucho su talento. Su estilo es algo pálido, y un poco frío, pero no amanerado, y la mayor parte de los paisajistas del

último siglo que quisieron evitar el primero de estos defectos, cayeron por el contrario en el segundo. Casas después de haber pasado su juventud en Italia, en Sicilia y en la Dalmacia, tuvo la dicha de acompañar á Choiseul-Gouffier á Constantinopla. Su afición á los viajes le llevó luego al Asia menor, donde dibujó los restos de los monumentos antiguos en la Tierra Santa, en Balbeck, Palmira y otros lugares célebres, y á su vuelta en Francia se ocupó de publicar grabados de sus dibujos. Fué el primer inspector jeneral de la manufactura de los Gobelinos, y murió en Versalles en 1827.

OCTAVIO.

(Véase nuestro n. 23)

Aquellas horas decisivas encerraban la realización completa de los sueños de la pura y exaltada imaginación de Alberto; el joven había encontrado el hombre desconocido y adivinado que había visto en sus delirios, rodeado de todas las gracias del talento, de todos los dones que puede poseer la naturaleza humana. Demasiado agitado para poder dormir, rodeado por la primera vez de su vida de aquel lujo esquisito que le había sido revelado aun antes de conocer su uso, por su distinción natural, y respirando el perfume de las flores que tantas veces había deseado, Alberto experimentaba una especie de embriaguez que confundía en su mente los límites de lo real y de lo posible. Ya creía ver á aquel que comprendía tan bien todas las delicadezas del alma, acabando de completar su obra, es decir, volviendo hacia Blignieux sus ojos llenos de ternura y perdón, y gracias á una súplica filial, poner un término á una separación que debía haber sido ocasionada por algun error. Embriagado con este pensamiento que lo conciliaba todo, y tranquilizado con esta esperanza de todas las emociones que le agitaban, se puso á escribir á su madre; y si sus palabras no fueron tan expansivas como hubiera querido, si el recuerdo de las frias y rígidas maneras de madama de Esparon detuvo en su pluma el libre impulso de su confianza y de su amor, Alberto se dijo en voz baja y en forma de consuelo, que al ménos entre su padre y él nunca le faltaría esa confianza: esta fué la última dicha y la última injusticia de aquel día.

Cuando se vieron al día siguiente, M. de Esparon quiso aprovecharse de aquella intimidad paternal que parecía próxima á establecerse.

— Alberto, voy á decirte como viviremos; tu aposento estará separado del mío, y emplearás tus horas como bien te parezca. Quiera el cielo que la confianza, sin la cual no puede existir un cariño duradero, no nos abandone jamás! Seamos dos camaradas, dos amigos. Por la mañana recibo mis visitas ó trabajo; este es el momento que puedes elegir para tu correspondencia y tus estudios. Después de almorzar, leeremos un poco juntos y luego iremos á caballo. Al volver quedaremos libres ambos hasta la comida; por la noche voy á los Italianos ó á tertulia, pero cuando quieras me uniré contigo para hacer lo que gustes, seguro de que tendré en ello un gran placer.

Al establecer este jenero de vida independiente, aunque en comun, M. de Esparon se reservaba el variarla incesantemente por medio de diestras alternativas, no queriendo mostrar á su hijo mas que lo que podía agradarle sin causarle espanto. Octavio, en efecto, había sabido penetrar el carácter de su hijo, que era á la vez tierno y leal, confiado y austero; había sabido comprender que cuanto

mas entusiasmo é ilusiones trajera Alberto, tanto mas funesto sería que encontrase en él motivos para alterarlas ó desvanecerlas. La perspicacia que acompaña siempre al cariño en los hombres algo preocupados de sí mismos, dejaba ya adivinar al conde que Alberto le pertenecía para siempre, si lograba hacerle atravesar su nueva vida sin que conociese las miserias sociales que ajando sus principios, destruirían su ternura, y podrían infundirle valor para volverse al lado de su madre. Sin embargo, conveníamos en que M. de Esparon no se engañó un instante sobre la naturaleza de los sentimientos de su hijo: en lugar de ver en él, como lo hubiera hecho un hombre vulgar, el ardor de un recién llegado de provincias, vió la noble y jenuina confianza de un alma que lo juzgaba todo segun sus propios sentimientos. Las inteligencias privilegiadas, aun en el caso de hallarse rebajadas por la práctica de la vida ó la influencia de las pasiones, siguen juzgando con imparcialidad todo aquello que realiza cierto ideal de belleza moral, pareciéndose á esos desterrados que se estremecen cuantas veces oyen hablar la lengua de su antigua patria.

Deliciosa fué aquella mañana; algunas horas después de almorzar, Alberto que montaba muy bien á caballo, pero que jamás había conocido otros que los del Gap, pesados, feos y cortos, oyó piafar en el patio: su padre le llevó cerca de la ventana, y mostrándole un caballo árabe, con ojos ardientes y dulces, y ancas finas y nerviosas, que tenía de la brida un jockey, le dijo sonriendo:

— ¿Le quieres?

El joven dió un brinco de alegría, bajó corriendo la escalera, y saltó sobre aquel bello animal; después, acordándose de repente que debía dar las gracias, se levantó sobre la silla, se volvió un poco hacia la ventana desde donde su padre le miraba, y con un ademán lleno de gracia, le indicó que viniera á su lado.

M. de Esparon pidió su caballo, y salieron juntos. El día estaba hermosísimo y tomaron la calle principal de los Campos-Eliseos. Alberto que no conocía otra cosa de París que lo que había visto por la portezuela de la diligencia, se estremecía de juventud y de vida, respirando á pulmones llenos aquel aire fresco y embalsamado, y paseaba sus miradas á través de los árboles desprovistos de hojas que se destacaban en el horizonte. Ya descubría la dorada cima de la cúpula de los Inválidos, ya la blanca silueta del Arco de Triunfo, y ya las sinuosidades del Sena reflejando en sus serenas aguas la inmóvil sombra de sus puentes ó los diversos aspectos de sus riberas. Todas esas maravillas servían de fondo y de marco á ese cuadro vivo que se renueva todos los días que hace bueno en los Campos Eliseos y en el bosque de Bolonia, y cuyos pormenores todos eran para Alberto nuevas causas de sorpresa y encanto. Bien luego pudo además notar que M. de Esparon era en medio de la multitud el objeto de una curiosidad atenta y lisonjera; casi todos los que le encontraban parecían no solo deseosos de saludarle, sino tambien con ganas de que él les saludara, y muchas señoras después de hacerle un signo amistoso, se volvían para verle otra vez ó para mostrarse unas á otras. Entre las personas de quienes recibía tales señales de deferencia, había algunas muy ilustres, cuyo nombre había llegado hasta los Altos-Alpes; Octavio decía á Alberto sus nombres sin afectación, y el joven experimentaba al oírlos un sentimiento de orgullo y alegría.

El paseo tocaba á su término; ya llegaban á la fuente

de los Campos Eliseos, cuando vieron acercarse una elegante carretela. En el instante en que pasó á su lado, Alberto arrojó al acaso una mirada dentro del carruaje y vió una mujer de unos treinta años, notable por su belleza que miró á Octavio con un aire triste y sereno. Como M. de Esparon la saludó, Alberto se volvió hácia su padre para preguntarle quien era, pero un incidente muy extraño interceptó la pregunta y la respuesta; no bien hubo pasado el carruaje cuando el caballo de Octavio se volvió de repente y cambió de camino en direccion opuesta durante algunos segundos, siendo necesario que el conde le metiera la espuela vigorosamente para reprimir aquel capricho singular. El caballo una vez en su camino, M. de Esparon le lanzó al galope, y llegaron á casa sin haber hablado una sola palabra.

Este incidente no tuvo resultado ninguno, y si Octavio tenia al entrar un aire algo preocupado, Alberto no lo notó. A contar de aquel dia ambos comenzaron una existencia singular aunque agradable para los dos. M. de Esparon, como todos los hombres frívolos poseía el arte de hacer dulce la vida, arte que desdeñan demasiado las personas dotadas de una inflexible virtud. En unas cuantas semanas hubiera organizado la existencia de su hijo de un modo variado y constante, porque sabía dirijirse alternativamente á cada una de sus facultades, y el perfecto conocimiento que tenia de ese invisible teclado que se llama alma humana, le ayudaba poderosamente á no equivocarse. Despues que tomaban el té, leían juntos algun hermoso libro de los buenos tiempos, y comentada esta lectura por una intelijencia superior, Alberto se veía á las puertas de todo un nuevo mundo de ideas. Su talento poco cultivado, pero de una admirable rectitud, marchaba á pasos de gigante en aquellos estudios llenos de atractivos, poniendo Octavio un cuidado sumo en ocultar su ingenio detras del de su hijo para dejarle la iniciativa de cada una de las ideas que le sugería. Enseguida, al conocer que iba llegando la monotonía, ese escollo de todo lo bueno, M. de Esparon interrumpia la conversacion, y una hora despues ambos corrian á caballo como dos compañeros de alegría y de juventud, por las cercanías de París tan hermosas y poéticas en el invierno cuando resuena bajo los pasos la endurecida arena, y la bruma dibuja en lontananza mil fantásticas perspectivas.

De este modo pasaron algun tiempo. Acaso Octavio al arreglar así su vida por complacer á su hijo, habia sido guiado en un principio por ese interés y ese amor propio de escritor, curioso en resolver una escabrosa dificultad y desenredar victoriosamente los hilos de una intriga muy delicada, pero bien luego se asombró del nuevo sentimiento que le apasionaba por su obra, y le adhería á Alberto con lazos mas poderosos cada vez. Gastado por el mundo, y acostumbrado á las luchas cotidianas, renacia á la vida moral en la intimidad de su hijo, con quien se sentia purificado y rejuvenecido, rico de lo que habia perdido y curado de todas sus penas. Esto era para M. de Esparon como una segunda conciencia; era un manantial profundo agotado que iba volviendo á aparecer poco á poco para lavar las cicatrices y las manchas. Si hubiese vivido con Alberto algunos años antes, cuando no se habia achicado su corazon con esa existencia facticia donde el cerebro reina solo, esa crisis feliz hubiera sido probablemente decisiva, pero sucede con ciertos hábitos de la intelijencia y con ciertos estravíos novelescos, lo mismo que con esos abusos de vigor físico, que dejan al cuerpo

la facultad de hacer prodijios de fuerza, pero imposibilitándole tambien para un trabajo sano y continuo. Además, para practicar en toda su estension los afectos lejitimos, es necesario haberse acostumbrado desde muy pronto á sacrificarse uno mismo; es necesario saber inmolarse sin cesar, y esto es lo que Octavio no sabía.

Al cabo de tres meses principiaron á presentarse algunos síntomas imperceptibles en la superficie de aquella existencia, semejantes á esos lijeros pliegues que se deslizan sobre un agua tranquila rozando su fresco cristal, sin que pueda adivinarse aun si provienen de una brisa amiga, ó si son los precursores de la tempestad. M. de Esparon principió á ausentarse mas á menudo. Un dia Alberto al entrar de repente en el cuarto de su padre, le encontró en conversacion con dos ó tres desconocidos á quienes hizo una señal para que se calláran, y quienes despues de pronunciar algunas cortas palabras de política se retiraron con discrecion. Otro dia M. de Esparon recibió delante de su hijo una carta pequeña y elegante, se sonrojó, la leyó rápidamente y la estrujó entre sus dedos. Su agitacion era visible, y al cabo de un cuarto de hora buscó un pretexto para tomar su sombrero y se marchó. Todo esto no podia decirse que era muy grave, sobre todo para Alberto que no podia comprenderlo en toda su estension, y que en semejantes ocasiones se encontraba no descontento sino sorprendido. Si en estos cortos episodios habia alguna cosa contraria á su rectitud, Alberto ni siquiera lo sospechaba, marchando por el camino de la vida con la seguridad de un viajero que confia totalmente en el que le lleva. En su sublime ignorancia no podia, ni remotamente, creer en el mal, y disfrutando al lado de su padre de una felicidad no turbada aun, cada dia acariciaba con mas amor un pensamiento idolatrado, que era el de la reconciliacion de sus padres, mediante su influencia. Entónces se sumergia con un piadoso ardor en el recuerdo de su madre, y entónces tambien la escribia larguissimas cartas, á las que madama de Esparon respondia siempre del mismo modo, es decir, recordándole sus deberes y exhortándole á desconfiar de las seducciones del mundo, pero nunca le decia una palabra de sí misma. Esta reserva glacial, aflijia vivamente á Alberto, cuyo corazon estaba dividido entre un afecto lejano y que hablaba un lenguaje helado, y una ternura complaciente que nunca habia hecho otra cosa que suplicarle participase con ella sus alegrías. En medio de estas incertidumbres se iba pasando el tiempo, y cualquiera que hubiera podido leer en el corazon de M. de Esparon y de su hijo, habria adivinado sin dificultad que el destino del uno de ellos ó el de ambos quizá, dependia del primer incidente que viniese á turbar la tranquilidad aparente de aquella vida.

IV.

Cuando Alberto llegó á París ya hacia mucho tiempo que el coronel Jorje de Charvey se encontraba en él habiendo venido para ver á su hija que á la sazón estaba en un colejio, sin tener el valor necesario para dejarla y salir de París. Aquel corazon enérgico, á quien la vida de soldado habia dejado toda la frescura de sus emociones paternales, experimentaba cada dia un placer mayor con el espectáculo del desarrollo juvenil de aquella graciosa niña; pero como al cabo y al fin un coronel de caballería no puede permanecer constantemente junto á una colejiala, Jorje de Charvey gastaba en hacer el papel de observador todo el tiempo que dejaba de estar con su hija.

El tierno interes que le inspiraba madama de Esparon no se habia debilitado en lo mas mínimo: en Paris oyó hablar mucho de Octavio, de su celebridad y talento, y bien luego supo la llegada de Alberto á la casa paterna: todo le infundió el deseo de conocer en fin ese mundo, esa vida de artista en que M. de Esparon se hallaba entónces sumergido. Fácil le fué el conseguirlo; rico, con una buena reputacion militar, hijo de buena familia y no habiendo jamas escrito nada, lo que es una recomendacion para los escritores, M. de Charvey fué acogido con avidez, y pudo estudiar de cerca aquellas costumbres tan antipáticas á su carácter y tan nuevas para él.

Doloroso y extraño fué ese estudio para aquel hombre franco y severo acostumbrado por la disciplina militar á ajustar todas sus acciones á las precisas leyes del deber; así fué que no volvía de su asombro al penetrar los misterios de esa vida en que cada uno, creyéndose por la gracia de Dios y de sus obras, libre de las reglas ordinarias, sustituye al código universal el que le dictan sus pasiones, sus desdenes ó fantasías; jente singular mas dispuesta á idealizar el bien que á practicarle; hombres sin igual que sellaman artistas, á falta de otro nombre mas severo ó mas bello! Y sin embargo todos esos hombres tenían en sí un jermen de grandeza y de bondad, de fuerza y amor, pero el yo lo habia sofocado todo. Acostumbrados á no tener fe mas que en sí mismos, imaginándose que la sociedad no está hecha mas que para secundar los designios de su jenio y olvidando que las superioridades deben por el contrario concurrir á la obra comun, habian roto los lazos de las primeras creencias para aislarse en su estéril orgullo. Los unos despues de haber cantado en verso los goces de la familia, las sagradas dulzuras del hogar doméstico, la relijion de los recuerdos y esa corona de poesia y de inocencia que se va desprendiendo hoja por hoja de la inclinada frente de las madres sobre el fresco rostro de sus hijos, no habian podido resistir á los perniciosos atractivos de la juventud, y el tumulto de los sentidos, las sugestiones de la vanidad y los consejos de la ambicion habian sofocado en su alma los castos acentos de la Musa. Otros, despues de haberse presentado como predicadores de un arte desconocido, habian desmentido en la práctica sus especiosas teorías imitando á aquellos sectarios que comprometian con sus acciones la autoridad de su palabra, y algunos que se enorgullecian con su título de patricios de la inteligencia, deshonraban en la orjía los títulos de nobleza. Habíalos tambien que en vez de ahuyentar á los vendedores del templo, voceaban ó instalaban con sus propias manos la venta y el mercado, el ajotaje y la subasta pública; estos confundiendo las inspiraciones de su talento con los desórdenes de su vida trataban de hacer de sus obras documentos justificativos de sus debilidades, y de obligar al mundo á que se inclinara delante de ellas, como Luis XIV obligaba su corte á que reconociera á sus hijos bastardos; y aquellos ménos orgullosos, aunque mas culpables, lisonjeaban las malas pasiones, como esos aduladores de la insurreccion que conspiran contra el interes del país lisonjeando los instintos del pueblo. Los mas puros, aquellos que estaban rodeados de una auréola de gloria y de respeto, no habian sabido sustraerse tampoco á las enfermedades morales de nuestra época, y bajo mil aparentes tesoros de amor hácia la humanidad se ocultaba un fondo inmenso de amor propio, una contemplacion solitaria de sus propias obras; juzgándose superiores á los demas hombres, no se hallaban poseidos de ese egoismo vulgar que desprecia el

amor, sino de esa olímpica serenidad que se constituye en centro de todo, y por eso, á pesar del brillo de su talento ó de la hermosura de sus obras, se veía claramente, tratándolos, que existia entre su corazon y el resto del mundo una línea de demarcacion inespugnable á la amistad y al amor; en suma, no se preferian, pero se bastaban, y este sentimiento, acaso involuntario prestaba algunos viscos facticios á sus bondades y virtud.

(Se continuará.)

LA TARDE.

El sol baja en el horizonte; algunos rumores resuenan en la aldea; los ganados vuelven de los campos, despues de haber llenado su tarea cuotidiana, que consiste en alimentarse para el hombre. Los bueyes han trazado sus surcos, el caballo ha concluido su trabajo del dia, y cada animal vuelve á casa del labrador á disfrutar del reposo de la noche.

El padre y la madre de familia han cumplido tambien con su obligacion, y rodeados de sus hijos gozan de la frescura de la tarde, del resplandor de los últimos rayos de luz diseminados por el aire, y que se deslizan por entre las guirnaldas de pámpanos de las ventanas. Bien luego, cuando el crepúsculo, ese cortinaje de las plantas adormecidas, se estiende subiendo del fondo de los valles hasta lo alto de las colinas, cuando, cansados de jugar, dobleguen los niños la cabeza, el padre y la madre irán tambien á su vez á conciliar el sueño, dulce recompensa de las conciencias puras.

Pero aun en este instante mismo el reposo del padre y de la madre es mas aparente que real: su tarea moral no ha cesado: el deber de la educacion está á su lado siempre tanto en las horas de descanso como en las de trabajo, y les grita al oido: « Estad atentos y cuidad: no podeis contemplar indiferentes los juegos de esos niños, porque aun en medio de ellos debeis espiar las inclinaciones nacientes y las facultades que se van despertando en vuestros hijos. Hay que tener mucho cuidado, porque en esas jóvenes almas, acaso una virtud pronta á nacer, puede perderse en jermen, y acaso se oculta un vicio en ese seno cuya inocencia debeis tratar de conservar por medio de una solícita constancia. Nada debe desdeñarse, porque nada es fruto de la casualidad; el bien y el mal, todo tiene su causa. »

El mayorcito de la familia ha fabricado un raton de carton, y con su apetito de cazador espia los movimientos de los gatos, que corren por instinto en pos del juguete: ¡tened cuidado! porque acaso esa curiosidad del niño puede desarrollar su observacion y estimular en él el trabajo y el estudio; pero mal dirigida, ó poco contenida, podrá volverse asimismo crueldad, y podrá agujonear esas tendencias perezosas y culpables que se prometen la emocion y el placer del drama exterior de la vida, y no de la actividad de nuestras propias facultades. El niño se burla en este momento de una forma insensible, pero acaso mañana ya no le bastará la ilusion, y querrá asistir á la triste agonía del pobre animal cuyas angustias se imaginaba la vispera; y despues, cansandose de la destruccion de los seres dañinos de la casa, sus trájicas inclinaciones podrán surtirle ideas de una consecuencia mas terrible. ¡Mira con atencion, tierna madre! la criatura que se aprieta contra tu seno te lo está advirtiendole; ese espectáculo de caza y de muerte que horroriza al mas pequenito, escita

ya el ávido interés de su hermana, que atónita y absorta de placer mira y observa aquel simulacro de caza. No permitas que se regocije con una cosa que puede ser mas

tarde una fuente de lágrimas, y conserva la virginidad de sus sentimientos para que nunca perezca en ella la flor de la bondad y de la inocencia.



BESTHOUELLIN, REGNIER.
Imprenta de BLONDEAU.

LA TARDE.—Cuadro de MEYERCHEIM, pintor alemán contemporáneo.—Dibujo de PAUQUET.

HISTORIA DE LA FABRICACION DE RELOJES.

La Francia es la cuna de la fabricacion de los relojes, pues los primeros se construyeron en dicho país á mediados del siglo XV, y los aficionados á las antigüedades conservan todavía en sus gabinetes algunos de los relojes que manifiestan la perfeccion que en el trascurso del tiempo la inteligencia humana lleva en todas sus obras. Aunque dichos relojes no pueden ser considerados mas que como tentativas ó ensayos en el arte que nos ocupa, no tardaron los ingleses en aprovecharse de ellos, y mejorándolos no tardaron en adquirir una reputacion grande en esta industria, de modo que esportaban sus relojes á todos los países, y hasta los mismos franceses iban á buscarlos á aquel país.

Hiciéronse sin embargo en Francia muchas tentativas para emanciparse de aquel fruto: el duque de Orleans, rejente del reino, intentó establecer una fábrica de relojes en Versalles, para lo cual, sin reparar en gastos, llamó acreditados artistas ingleses, y lo mismo hizo en San German el mariscal de Noyalles; pero estas dos fábricas

no existieron mas que tres años, y no dieron otro resultado que esa bella clase de relojes de Paris, cuya perfeccion llevaron á un grado tan elevado los artistas Gandron y sobre todo Leroy, que mas tarde Ginebra ponía en sus productos el nombre del último con preferencia al de Graham y otros hábiles artistas de Inglaterra. Dicha clase de relojes no se conserva en la actualidad mas que en la casa de Breguet.

En Ginebra, cuyos relojes han gozado y gozan todavía tanta reputacion, tomó orijen esta industria á fines del siglo XVI, y despues de haber permanecido por espacio de algunos años en su infancia, tomó de repente un vuelo portentoso, por razon de haberse inventado en aquel mismo país una porcion de útiles mecánicos, propios para abreviar y perfeccionar el trabajo. Previendo entonces el gobierno de Ginebra las ventajas de esta industria, concibió el proyecto de concentrarla esclusivamente en manos de los que tenían derecho de ciudadanía, y publicó un decreto prohibiendo á toda otra clase de personas, incluso los que eran ya relojeros, el enseñar este arte á sus hijos. Tan torpe persecucion dió lugar á la emigracion de

muchísimos relojeros que no gozaban de aquel derecho, los cuales se trasladaron á las fronteras de Francia y de Saboya, y fundaron esa infinidad de establecimientos que se encuentran hoy día en los confines de ambos países.

En 1793 una emigración considerable de relojeros, que expulsados de Suiza, su patria, pasaron á establecerse en Besanzon, pudo haber dado un impulso grande á esta industria en Francia; comprendía esta emigración 500 familias, compuestas de 2,000 individuos, de los cuales mas de 1,600 trabajaban en la fabricación de relojes. El gobierno de la República en Francia comprendió las ventajas que esos refugiados podían procurar al país, y no vaciló un momento en dispensarles toda protección: así es que cedió gratuitamente á los señores Mayevant y Tort, jefes de la colonia, el uso de varios edificios nacionales por espacio de quince años; concedió á título de socorro provisional, cuatro francos diarios á cada soltero; tres á cada padre y madre y dos á cada niño además de una indemnización de 40 á 70 francos para habitación ó casa á cada familia, según el número de individuos de que constase: pagó los gastos de trasportes de las personas, de los útiles y mueblaje, é hizo un adelanto de 260,000 francos por seis años, y sin interés alguno, á la naciente fábrica que debían establecer los emigrados.

Por otro lado concedió un premio de 250 francos á toda joven francesa que aprendiese una de las partes del arte de relojero, y en cuyo aprendizaje hubiese empleado mas de seis meses; otro de 400 francos cuando hubiese empleado dos años, y finalmente otro de 500 cuando hubiese empleado mas de dos años. La Convención nacional decretó también que los relojeros establecidos en Besanzon debían recibir todos los años doscientos alumnos franceses, de los cuales ciento serían mantenidos por la República, y estableció y ordenó al mismo tiempo la creación de una caja de préstamos y de fomento en la cual la tesorería nacional debía depositar la suma de 4.200,000 francos. A pesar de todo esto, la fábrica de Besanzon prosperó muy poco durante las guerras del Imperio y los primeros años de la Restauración.

La agricultura, que se hallaba falta de brazos, llamó con preferencia los esfuerzos del pueblo francés; sin embargo, dicha fábrica produjo durante los veinte primeros años 31,000 relojes, de los cuales 400 eran de oro, y los restantes eran de plata ó de metal compuesto.

Desde entonces la fabricación de relojes ha tomado en Francia cierto incremento, pues en 1837 Besanzon produjo 43,923 relojes, y en 1842 produjo 59,637, y la población dedicada á esta industria se eleva en aquel solo departamento al número de 12,000 obreros: con todo, la fabricación francesa en esta parte es casi insignificante comparada con la fabricación suiza, que esporta todos los años para Francia tan solo sobre unos 26,000 relojes de oro.

En la actualidad la industria relojera cuenta tres centros principales; Suiza, Inglaterra y Francia; esta fabricación es inmensa, y sus productos son objeto de un grande comercio en todas las partes del mundo. La Suiza fabrica, especialmente en Ginebra, en Chaux de Fonds y en Lochte: la Inglaterra en Londres y la Francia en Besanzon y en el departamento de Doubs. La Suiza provee de relojes á la Alemania y á todo el norte de Europa, y va suplantando á la Francia en las Américas; los ingleses, á pesar del subido precio de sus relojes, alimentan en parte á Constanti-

nopla y á la América española, siendo escusado decir que tienen el monopolio de la India; finalmente, la Francia esporta muy poco, antes al contrario, la Suiza la inunda con sus productos, de modo que todos los años esporta relojes para aquel país por valor de unos 12.000,000.

RAZA DE HOMBRES

PROVISTOS NATURALMENTE DE UN RABO.

Entre varias memorias presentadas últimamente á la Academia de Ciencias de Paris, figura una comunicación que, por su extrañeza y singularidad, nos apresuramos á poner en conocimiento de nuestros lectores.

« Un rabo humano, ese extraño pronóstico de Fourier, no es quizás físicamente, según se verá, un sueño tan completo como generalmente se ha creído. Parece existir en el centro de Africa unos hombres cuya estremidad inferior de la columna vertebral presenta por exceso de desarrollo del *coccyx*, el aspecto de un verdadero rabo desplegado y bien perceptible; solamente que no se han hallado aquellos que alcanzó á ver el ojo falansteriano, y es de temer que jamás podamos contemplarlos, porque ese apéndice dado por su inventor como el signo y símbolo de un gran progreso, no se encuentra desgraciadamente sino en una raza degradada, de las mas inferiores que marca la transición del machango al negro.

» Hé aquí la comunicación que acaba de hacer á la Academia de Ciencias, sobre esta singular materia, un viajero nombrado Hadji-Abd-el-Hamid-Bey, coronel, que se ha internado hasta el interior de Africa; pero conviene advertir que él no habla sino refiriéndose á las relaciones que le han hecho los Dzelabs árabes y nubienses y algunos otros salvajes de ese género, si se exceptúa un solo sujeto observado por él.

» La tribu ó pueblo de los Ghilanes, que presenta la particularidad de ese apéndice rabal, parece formar una raza negra particular, situada en el centro de Africa, que se aproxima mucho al machango, y que es antropófaga. Mas pequeños que los otros negros, esos individuos escuden rara vez de cinco piés, siendo por lo comun mal proporcionados, flacos y de una fuerza mediana; sus brazos son largos y flacuchos, y las manos y piés mas planos que en las otras razas; tienen la mandíbula inferior muy fuerte y prolongada, los pómulos salientes, la frente corta y escapándose hacia atrás, y las orejas enormes; sus cabellos son crespos pero no se aproximan tanto á la lana como los del negro, y se conservan siempre cortos. Pero lo que distingue particularmente á los Ghilanes, es, como ya lo hemos dicho, la prolongación de las vértebras del *coccyx* en apéndice rabal, de largo de dos pulgadas é igualmente pronunciado en los dos sexos.

Los Ghilanes viven en bandadas completamente desnudas y en estado salvaje, alimentándose del producto de sus cacerías, de frutos, raíces, etc.: van armados con pequeñas lanzas y flechas; mazas de madera muy dura y escudos cubiertos de piel de elefante, rinoceronte, hipopótamo ó cocodrilo, y además aguzan sus dientes, de los que hacen gran uso. Estos salvajes son quisquillosos, se hallan habitualmente en guerra con sus vecinos y traban combates sangrientos con el único fin, dice el autor, de robarles sus mujeres é hijos que devoran enseguida, porquese son muy amigos de la carne humana cruda, prefiriéndola á la de las

otros animales. Son idólatras y adoran á los astros y á las fuentes del Nilo.

« Los árabes compraban en otro tiempo individuos de esta raza á los traficantes de esclavos; pero han renunciado despues á este comercio desde que han sabido que, dominados por sus feroces instintos, esos salvajes habian devorado muchos niños.

» Nuestro viajero refiere que tuvo ocasion de ver en la Meca en 1842, en casa de un emir, un esclavo de esta raza que se hallaba provisto de un apéndice rabal bien perceptible. Este esclavo, aunque habia salido muy joven de su país, conservaba una singular predileccion hácia la carne cruda; y cuando este apetito lo apremiaba, lo que le acontecia dos veces por semana, habia juzgado prudente su amo hacerle dar un enorme cuarto de carnero que devoraba al momento con una especie de rabia en presencia de todo el mundo, confesando que si su instinto carnívoro no fuese satisfecho, no tendria fuerza para resistir al deseo de arrojarle un dia sobre un niño y devorarlo vivo.

» Se ve, pues, como ya lo hemos dicho, que el perfeccionamiento de la especie está muy distante de marchar en proporcion al desarrollo del apéndice en cuestion; pero no olvidemos que el hecho capital de la existencia de una especie distinta de hombres de esa conformidad no reposa hasta ahora sino en las vagas relaciones de algunos salvajes, y que no seria imposible que el individuo observado por nuestro viajero fuese un caso escepcional que quedase en el dominio de la teratología. »

¿QUIÉN ES ELLA?

LETRILLA.

Cuentan de un correjidor,
Nada bobo,
Que siempre que al buen señor
Denunciaban muerte ó robo,
Atajaba al escribano
Que leía la querella,
Diciéndole: « ¡al grano, al grano! »
¿ QUIÉN ES ELLA ?

Y como hombre procedia
De gran seso
Quien tal actuacion ponía
Por cabeza del proceso;
Que en vano mas de una vez
Se sigue al crimen la huella
Por no preguntar el juez
¿ QUIÉN ES ELLA ?

En todo humano litigio
; No hay remedio !
A no obrar Dios un prodigio
Habrà faldas de por medio:
Danza en todo una mujer,
Casada, viuda ó doncella;
Luego el hito está en saber
QUIÉN ES ELLA.

Si Adán perdió el paraíso
Fué por Eva,
Que probar vedada quiso
No sé si manzana ó breva.
Desde entónces con profundo
Pesar pudo conocella;
Desde entónces sabe el mundo
QUIÉN ES ELLA.

Si ves hecho polvo el muro
Que fué Troya,
Merced al griego perjuro
Y á su bética tramoya,
Suspende el fallo severo
Entre esta nacion y aquella
Hasta que te diga Homero
QUIÉN ES ELLA.

Si á Blas, por ceñir la venda
de Himeneo
Queda hoy solo de su hacienda
Lo arrepentido y lo feo,
No preguntes, ¿ cómo Blas
Nació con tan mala estrella?
Pregunta y acertarás,
¿ QUIÉN ES ELLA ?

Si en la calle siento ruido
De camorra,
Y algun *quidam*, mal herido,
Grita: « ¿ No hay quien me socorra? »
Requiescat, digo al difunto,
Doy paso al que le atropella
Y en la taberna preguntó:
¿ QUIÉN ES ELLA ?

Si ves postrado en el lecho
Del dolor
A algun mozo de provecho,
No le preguntes, doctor,
Qué reuma ó qué tabardillo
En su salud hizo mella:
Pregúntale,—es mas sencillo,
¿ QUIÉN ES ELLA ?

Es un sexo amable, lindo...
Si, una plata;
Yo lo confieso... y prescindo
De la vieja y de la chata;
Pero escamado y cobarde
Digo ; zape ! á la mas bella,
Que temo saber ; muy tarde !
QUIÉN ES ELLA.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

La verdadera modestia no es aquella que se conserva en medio de los elogios, sino la que permanece impasible ántes los ataques de la maledicencia.

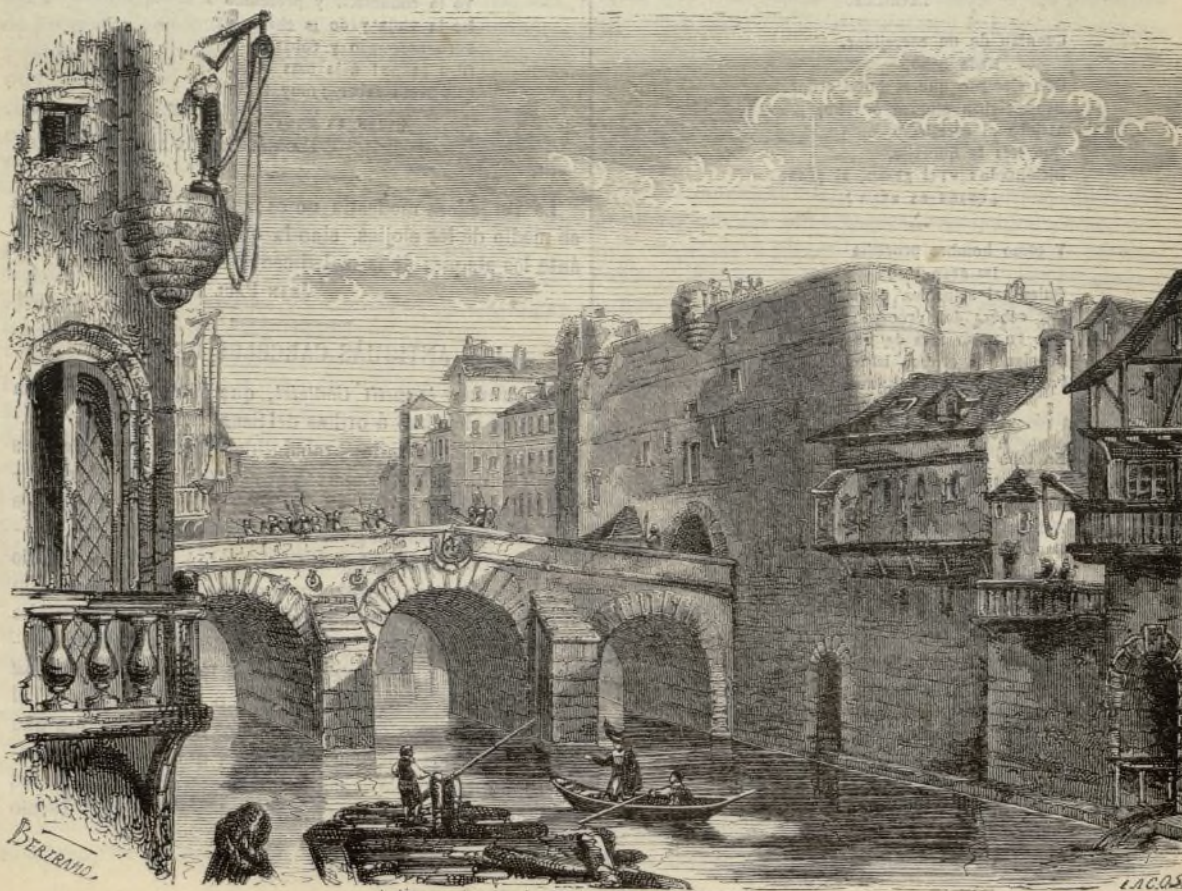
JEAN PAUL RICHTER.

LAS ANTIGUAS CARCELES DE PARIS.

Le *grand* y le *petit Chatelet*, que datan de la misma época, se elevaban á orillas del Sena, habiendo sido antiguamente segun toda probabilidad dos castillos fuertes contruidos por los romanos para proteger la *Cité*; entónces no se podia entrar en la isla sino atravesando los puentes que estaban guardados por estas fortalezas. Durante mucho tiempo el *petit Chatelet*, fué una cárcel donde se encerraba á los presidiarios y donde tenia su habitacion el prevoste de los mercaderes; allí se pagaba un derecho sobre todo lo que entraba en Paris. Este castillo era ménos vasto y de una apariencia ménos lúgubre que el *grand Chatelet*, pero en cambio era mucho mas incómodo; el único camino que dejaba libre á los transeuntes era una galeria de arcos estrecha y oscura y que se hizo enteramente impracticable, cuando principiaron á abundar los carruajes, por cuya razon fué destruida á fines del último siglo.



Antiguas Cárceles de París.—Le grand Châtelet



Antiguas cárceles de París.—Le petit Châtelet.

Imprenta de BLONDEAU